

PERSPECTIVA DE LAS RELACIONES BONN-VARSOVIA

«La política exterior trata, desde luego, de conflictos y tensiones entre naciones y entre grupos de naciones... Pero a la política exterior le interesa igualmente la colaboración, así como también el reconocimiento y el fomento de los intereses comunes que unen a los pueblos más allá de las fronteras nacionales.»

DEAN RUSK,

en el Instituto de Tecnología
de Massachusetts, en abril de
1961

Hay pie para fijar la atención sobre el tema polaco. Por encima de las circunstancias políticas del día, téngase presente que Polonia no es sólo el mayor de los países de la Europa Centro-oriental—tanto en extensión como en población—, sino que, a causa de su tradición histórica y de su situación geográfica ocupa una posición clave en la órbita soviética.

La circunstancia del carácter único de la nación—católica, firmemente nacionalista y una cierta independencia de Moscú—bien justifica un enfoque de la dinámica polaca de nuestro tiempo.

Con tal bagaje previo, entremos en una de las categorías máximas de las preocupaciones polacas: sus relaciones con Alemania.

I.—LA LÍNEA ODER-NEISSE, EXPRESIÓN DEL PROBLEMA POLACO-ALEMÁN.

En el Acuerdo de Potsdam se dice: «Los tres Jefes de Gobierno reafirman su opinión de que la delimitación final de la frontera occidental de Polonia debe ser aplazada hasta el arreglo de la paz.» «Los tres Jefes de Gobierno están de acuerdo en que, en espera del trazado definitivo de la frontera occidental de Polonia, los antiguos territorios alemanes al Este de una línea partiendo del Báltico, inmediatamente al Oeste de Swinemunde y descendiendo a lo largo del Oder hasta la confluencia del Neisse occidental y a lo largo de éste hasta la frontera checoslovaca, incluida la parte de la Prusia Oriental no colocada bajo la administración de la U. R. S. S.... y

comprendiendo la región de la antigua Ciudad Libre de Danzig, estarán bajo la administración del Estado polaco, y a este fin no deberán ser considerados como formando parte de la zona soviética de ocupación en Alemania»¹.

Además, contiene estas otras precisiones: «Los tres Gobiernos, después de haber examinado la cuestión bajo todos sus aspectos, reconocen que habrá de procederse al traslado a Alemania de las poblaciones alemanas que permanecen en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Ellos se hallan de acuerdo sobre el hecho de que estos traslados deben ser efectuados de manera ordenada y humana.»²

Evidentemente, la cuestión no resulta tan sencilla de interpretar, ni de resolver.

No es posible hacer aquí la historia de los conceptos exployados en estas cláusulas del Acuerdo de Potsdam. Desde luego, no sería ineficaz hacer un resumen histórico³. Pero, para ahorrar espacio—acerada presión—nos limitaremos a alusiones a las circunstancias presentes.

¹ De antemano, reconocemos el alcance forzosamente limitado de nuestra valoración. Entrando de lleno en el ámbito de la problemática de las relaciones Este-Oeste —y sus variadas implicaciones—, un adecuado tratamiento de todo ese complejo de cuestiones exigiría un espacio del que lógicamente carecemos en la *Revista*.

Por otro lado, sobre el tema, no siempre se hallará un material desprovisto de interpretaciones tendenciosas. Importante punto, cuando la bibliografía resulta verdaderamente abundante (desde el estudio de E. Wiskemann—1956—al de Z. Szasz—1960—). Baste saber esto: portavoces del régimen polaco mantienen que el Gobierno de Bonn y toda la Alemania occidental se han dedicado a «revisar» la línea Oder-Neisse; y, con vistas a ese fin, la Alemania Federal ha forjado un vasto aparato de investigación y de propaganda para conservar el interés sobre el asunto y justificar las reclamaciones contra Polonia. Unos sesenta Institutos y veintitantas Cátedras universitarias producen un diluvio de documentos y libros antipolacos. Ahora bien; Polonia admite que, en contrapartida, tiene su fuerza en el campo de la investigación y la propaganda. Así, en 1960, unos treinta y cinco Institutos, sociedades y publicistas elaboraban alrededor de doscientos trabajos sobre el tema de los territorios occidentales y las relaciones Polonia-Alemania occidental.

² Acerca de los principios del Derecho Internacional y la cuestión de las expulsiones de población, vistos por los alemanes, cons. *Ostwaerts der Oder und Neisse*, Wissenschaftliche Verlagsanstalt K. G., Hannover, 1949, págs. 89 y sigs. (en donde se declara que la expulsión de los habitantes de esos distritos era una seria violación del Derecho Internacional). *Vid.*, asimismo, Rudolf Laun, *Das Recht auf die Heimat*, H. Schroedel-Verlag, Hannover-Darmstadt, 1951 (en particular, págs. 18 y sigs.).

³ Para una detallada relación del tema línea Oder-Neisse durante la II Guerra

Parte interesada, Alemania ha mantenido una nítida postura.

En una publicación germana titulada *Das Dreigeteilte Deutschland* (Alemania dividida en tres partes), hemos encontrado una clara exposición de la actitud alemana: En la Conferencia de Potsdam, «los territorios situados al Este de los ríos Oder y Neisse fueron entregados a las Administraciones polaca y soviética. Sin embargo..., ello no significa una definitiva decisión concerniente al destino de las fronteras alemanas...» Más adelante, se afirma: «*La decisión sobre el futuro de las fronteras alemanas queda reservada a un Tratado de Paz con Alemania*»⁴.

Y, para ver con mayor transparencia, entremos en las estimaciones de los juristas germanos. La doctrina alemana ha refutado las cuatro tesis que más frecuentemente han sido esgrimidas por los polacos⁵:

1.^a *Tesis de los «derechos históricos»*: recuperación de antiguas tierras polacas. Tales derechos han de ser invocados sobre una época histórica reciente. Los territorios en cuestión han sido indiscutiblemente alemanes desde la Edad Media: ello hace excluir un recurso a esos derechos⁶.

2.^a *Tesis de la compensación*: territorios occidentales en resarcimiento

mundial, etc., vid. Gotthold Rhode, «La ligne Oder-Neisse et la politique européenne», *Politique Etrangère*, París, 5, 1960, págs. 451-469. (Consúltese la bibliografía utilizada.) Acerca de la frontera polaco-alemana en el programa político de los Aliados occidentales durante la segunda conflagración universal (Memorandum Sikorski, etc.), cons. Zbigniew Rapacki, «Le problème polono-allemand», *Politique Etrangère*, 4, 1959, páginas 452-458. (Recordemos que el autor es un antiguo universitario polaco refugiado en Francia, donde vive desde 1947.)

⁴ Hannover, 1959, págs. 11-12.

⁵ Así lo ha hecho el profesor Menzel, de la Universidad de Kiel. Vid. su artículo aparecido en la obra colectiva *Das östliche Deutschland*, Holzner Verlag, Würzburg, 1959, 1013 páginas.

⁶ Ahora bien; a despecho de las apreciaciones germanas, sabemos que algunos de los territorios han sido polacos en tiempos más o menos remotos. Estos son: 1) El pequeño territorio de Lubusz, ocupado en el siglo XIII por los margraves de Brandeburgo. 2) La Silesia, sometida en el siglo XIV a los reyes de Bohemia y a los Habsburgo desde el XVI y ocupada en 1742—casi enteramente—por el rey de Prusia. 3) La Pomerania Occidental, ducado del Imperio del XIV al XVI y sometida a Prusia a partir de 1648 y 1720. 4) La Prusia Oriental, antiguo territorio de la Orden Teutónica, feudo dependiente de la Corona de Polonia hasta 1657. 5) Los pequeños territorios limítrofes de la Gran Polonia (Posnanía), que después de la primera Guerra mundial permanecieron bajo la dominación alemana. Vid. Michel Sczaniecki, «Données et travaux polonais sur les terres occidentales», *Politique Etrangère*, 4, 1959, pág. 434.

de la pérdida de las áreas orientales que Polonia se veía obligada a ceder a la Unión Soviética⁷. Ella no puede poseer valor jurídico, desde el momento en que arreglos de esa clase no pueden hacerse a expensas de un tercer Estado sin el consentimiento de éste.

3.^a *Tesis del castigo por los crímenes cometidos por Alemania*: Ella no puede establecerse sobre títulos jurídicos. Por una parte, el castigo de Estados reconocidos culpables no es asunto de otro Estado, sino—en todo caso—de la Comunidad de Estados. Por otra, el principio del castigo de un Estado, en tanto que tal Estado no se encuentra generalmente reconocido.

4.^a *Tesis de la justificación de la anexión polaca a causa de establecer las bases necesarias para el mantenimiento de la paz*⁸: Criterio fundado en una falsa interpretación del artículo 107 de la Carta de las Naciones Unidas.

Pero a las *razones alemanas* se oponen *razones polacas*.

En primer lugar, el término «administración polaca» parece significar ejercicio de plena soberanía: Polonia recibiría no el derecho sólo de organizar la administración y la economía de las provincias al Este de la frontera Oder-Neisse—«antiguos territorios alemanes»—, sino de expulsar a sus antiguos habitantes y de introducir, en su lugar, a nuevos habitantes—sus propios súbditos⁹—.

⁷ «La idea de la línea Oder-Neisse como frontera occidental de Polonia se originó en los aliados occidentales en un esfuerzo para satisfacer las reclamaciones de la Rusia soviética sobre la Polonia oriental y, al mismo tiempo, crear una fuerte Polonia. Lo que había de hacerse compensando su pérdida de territorio en el Este con un considerable aumento en el Norte y en el Oeste». Vid. Schieder, editor, *The Expulsion of the German Population from the Territories East of the Oder-Neisse Line*, Ministerio federal para los expulsados, refugiados y víctimas de guerra, Bonn, Vol. I, sin fecha, página 104.

⁸ Obsérvese que durante la segunda conflagración mundial, el Gobierno polaco en el exilio justificaba los proyectos de extensión de Polonia hacia el Oeste y el Norte por el deseo de forjar, en el futuro, un mejor equilibrio entre Alemania y sus vecinos, gracias a una nueva distribución de poder económico; haciendo así imposible nuevas agresiones germanas.

⁹ Con graves problemas de integración. A juicio de los alemanes, las *zonas recuperadas* representan una pesada carga política y económica para el Estado polaco. (Esto trataba de demostrar una colección de informes reunidos por el *Göttinger Arbeitskreis*, a fin de dar—sobre la base de fuentes polacas—una impresión de conjunto de las condiciones reinantes en esa área después de doce años de Administración polaca. Vid., *Les Territoires Allemands à l'Est de l'Oder et de la Neisse vus à travers la presse*

Aquí es de precisar que si la frontera Oder-Neisse no ha sido reconocida *de jure*, las decisiones tomadas equivalen a un reconocimiento *de facto*. ¿Cómo explicar, en caso contrario, que se permitiese a millones de polacos el instalarse en esos territorios si no se hubiese *decidido su suerte* de una vez para siempre? ¿Y cómo hubieran podido consentir los Gobiernos anglosajones—quienes debían saber lo que habían aprobado y lo que no habían aprobado—y por espacio de tres años (1945-1948) que se continuase la expulsión de alemanes? El plan de este traslado figuraba en la decisión del Consejo de Control aliado, en Berlín, del 20 de noviembre de 1945. La organización y la técnica de los transportes eran ajustadas, entre otros, por el Acuerdo polaco-británico de 14 de febrero de 1946. El Decreto de 19 de febrero de 1947 de las Autoridades americanas de ocupación señalaba las modalidades de acogida a los expulsados alemanes de Polonia, etc.¹⁰

Todo eso es cierto. Pero, por otro lado, topamos con el pasaje referente a la delimitación definitiva de la frontera y a su aplazamiento hasta el momento del *arreglo de la paz*.

Sabido es que los alemanes ven en ese perfil la prueba del carácter provisional de la *línea Oder-Neisse*. Provisionalidad que, por otra parte, no

polonaise, Würzburg, 1959, XVI más 112 páginas.) Las *Provincias Alemanas del Este* al otro lado de la *línea Oder-Neisse* son descritas como «una zona de decadencia y atraso generales». V. *Boletín semanal de asuntos alemanes*, Bonn, 27 abril 1961, pág. 2. Vid., sobre la misma tónica, «Témoignages polonais», *Bulletin de l'Office de Presse et d'Information* del Gobierno Federal alemán, 26 abril 1961, pág. 1. No obstante, ante las pretensiones germanas, los polacos han hecho ver *las destrucciones causadas por la guerra*, tanto en los *territorios recuperados* como en la antigua Polonia; y responden que esas áreas tienen una importancia vital para el pueblo polaco (alrededor de seis a siete millones de polacos *nuevamente establecidos* en tales zonas han arraigado con fuerza: lo que hace imposible una *solución pacífica*).

¹⁰ En torno a la situación de la población alemana bajo la Administración polaca hasta la expulsión—disposiciones sobre la organización de los *territorios recuperados*, etcétera—, leyes y actitudes polacas en ese período, vid. Schieder, cit. ant., 1-124 (singularmente, págs. 82 y sigs.). Cifras germanas sobre los expulsados y refugiados de los *territorios alemanes del Este* aparecen en *Quelques faits relatifs au problème des expulsés et réfugiés allemands*, folleto publicado por el Ministerio Federal de los expulsados, etc., Bonn. El cuadro tercero expone los pormenores referentes a los *territorios Oder-Neisse*. Por último, véase la información suministrada por los tomos de la *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa*. Leyendo esos documentos y los informes sobre las atrocidades teutonas en Polonia, nuestro ánimo llega a la conclusión de un mundo de locura, de una Europa en la que se había perdido la noción del pecado, el concepto de la dignidad humana y de la propia estimación...

soporta eficazmente la confrontación con otros párrafos del Acuerdo de Potsdam. Por ejemplo: «antiguos territorios alemanes»; dichos territorios no podrán «ser considerados como formando parte de la zona soviética de ocupación de Alemania». Ni, con mayor razón, con las cláusulas relativas al traslado de las poblaciones y con la circunstancia de su aplicación total.

A la posición germana—justificada por la idea registrada—añadamos las interpretaciones de los polacos.

Para algunos, *final delimitación* no puede ser más que el *jalonamiento* físico de la frontera en el terreno atravesado por ella¹¹.

Otros pretenden que el reconocimiento de la frontera germano-polaca está comprendido en las decisiones mismas de Potsdam, así como en su realización¹². Y, en una variante de tal interpretación, se va hasta insistir sobre la diferencia entre *Tratados de Paz* (*Peace Treaties, Traités de Paix*), que el Acuerdo de Potsdam previó para otros Estados vecinos, y *Arreglo de la Paz* (*Peace Settlement, Règlement de Paix*), expresión de que se sirve el mentado Acuerdo en las disposiciones sobre Alemania. (Distinción no desprovista de interés.) Y significando *Peace Settlement* el conjunto de medidas enderezadas a restablecer el estado de paz, se llega a una conclusión tan luminosa como inesperada: teniéndose en cuenta la evolución política exterior—formación de dos Estados alemanes—, la exigencia de ese *arreglo* se ha cumplido con el Acuerdo entre Polonia y la República Democrática Alemana¹³.

Por último, no faltan quienes sostienen que el Acuerdo de Potsdam estableció *de jure* la frontera polaco-alemana¹⁴.

El *problema político* suscitado por la frontera germano-polaca—ya complejo a la luz del Acuerdo de Potsdam¹⁵—se embrolla hasta el límite de lo

¹¹ Vid. Jozef Kokot, estudiando *la lógica de Potsdam* (Katowice, 1957).

¹² V. Boleslaw Wiewiora, ocupándose de *la frontera polaco-alemana a la luz del Derecho Internacional* (Poznan, 1957).

¹³ El 6 de julio de 1950, la República Democrática alemana y Polonia concluían un Acuerdo proclamando la *línea Oder-Neisse* como frontera permanente entre Alemania y Polonia. Un Protocolo sobre la delimitación de la frontera era firmado el 26 de enero de 1951. V. *The Statesman's Year-Book*, 1956, editado por S. H. Steinberg, Londres, Macmillan, 1956, pág. 1041.

¹⁴ Cons. A. Klafkowski, tratando el tema *las bases jurídicas de la frontera Oder-Neisse* (Poznan, 1947).

¹⁵ Vid. Rapacki, cit. ant., pág. 469.

posible al *cambiar la configuración política de la que salía ese documento*¹⁶. El se presentaba en un contexto político determinado por el entendimiento y la cooperación de las tres grandes Potencias. Bien conocemos cómo cambió ese espíritu¹⁷.

Un hito bien representativo de la nueva etapa se plasmaba en el artículo 7 del Acuerdo de 26 de mayo de 1952 entre los tres Gobiernos occidentales y la República Federal Alemana. En él se consignaba que *las estipulaciones del Tratado de Paz deben ser el resultado de una libre negociación entre la Alemania (unificada) y sus antiguos vencedores*.

II.—TENDENCIAS HACIA LA APROXIMACIÓN ENTRE BONN Y VARSOVIA.

La necesidad de superar esas ideas se ha hecho patente de modos diversos.

Polonia ha mostrado, en ocasiones, interés en el establecimiento de relaciones con Bonn¹⁸.

Claro es que el asunto gira—lógicamente—alrededor de la obtención de garantías sobre la *línea Oder-Neisse* como frontera permanente entre Alemania y Polonia. Repetidamente, el Gobierno Gomulka ha usado la amenaza del *revisionismo* de la Alemania Occidental como una razón para la reafirmación de la alianza de Polonia con la U. R. S. S. y para el estacionamiento de tropas soviéticas en el territorio polaco¹⁹.

¹⁶ En torno a la llamada *volte-face* anglosajona, vid. Rapacki, cit. ant., págs. 469-471.

¹⁷ Vid. el texto de las posiciones occidentales, en Rhode, cit. ant., pág. 469.

¹⁸ Gomulka decía en 1957: «Como adheridos a políticas realistas y constructivas, hemos expresado buena disposición para regularizar nuestras relaciones con la República Federal Alemana.» El ministro polaco del Exterior, Adam Rapacki, indicaba a fines de ese mismo año: «Las relaciones con Alemania siempre han sido y todavía son un primer factor en la historia y la política de Polonia. Mantenemos las mejores relaciones con la Alemania oriental. Nos gustaría establecer con toda la nación germana relaciones basadas en los principios de seguridad mutua, cooperación y política del buen vecino.»

¹⁹ En el curso de la visita de Kruschew a Polonia, en julio de 1959, el dirigente soviético pronunciaba un discurso en Szczecin, en el cual se refería a los *territorios occidentales* como «viejas tierras polacas». Aludiendo al *revanchismo* de la Alemania occidental, Kruschew aseguraba que los estadistas de Bonn sueñan con que «Wroclaw se transforme otra vez en Breslau, Gdansk en Danzig y Szczecin en Stettin. Pero ellos han de darse cuenta de que Wroclaw, Gdansk y Szczecin son ciudades polacas y siempre»

Verdad es que la misma constitución del problema hace difícil la empresa.

Así, tras la decisión del *Bundestag*—en marzo de 1958—de proseguir el desenvolvimiento de la defensa alemana en el cuadro de la O. T. A. N.—concretamente, el equipamiento de las Fuerzas federales con las armas «más modernas»—, la actitud general polaca era de hostilidad hacia la Alemania de Bonn.

Ahora bien; en los meses anteriores, la Prensa polaca no había cerrado el camino a la comprensión entre los dos pueblos. Un artículo que minimizaba la amenaza de la Alemania Federal aparecía en el órgano del Episcopado católico—*Tygodnik Powszchny*—el 26 de enero de 1958²⁰. Dos trabajos menos optimistas se publicaban poco tiempo después en *Polityka* (entregas de 23 de febrero y de 1.º de marzo), abogando por la reserva en «la idea de vínculos más estrechos con la Alemania Occidental», pero siendo en su tono mucho menos truculentos que las declaraciones insertas en la Prensa de los países *satélites* más ortodoxos²¹.

Otro paso en el desarrollo de las relaciones entre Polonia y la Alemania Federal era la visita hecha por Carlo Schmid—vicepresidente del Partido Social-Demócrata—a Varsovia, del 9 al 15 de marzo de 1958. Aunque Schmid daba su apoyo al *Plan Rapacki* y su Partido se oponía a una gran porción de la política exterior de Adenauer, el visitante aseguraba a los polacos que el Gobierno de Bonn no tenía designios bélicos sobre *los territorios del Oeste*. Según las fuentes informativas occidentales, la visita de Schmid producía considerable impacto en los círculos polacos gubernamentales. (Sin embargo, un hecho menos esperanzador en las relaciones entre los dos países era el *descubrimiento* de cientos de restos de prisioneros aliados en la Polonia Occidental. A juicio de *Trybuna Ludu*, del 26 de marzo, muchos de los cadáveres mostraban signos de inanición y muchos otros evidenciaban que habían sido ejecutados.)

Empero, para que los precedentes renglones cobren un sentido de cierta precisión, urge insinuar la permanencia del carácter de la «discernibilidad» polaca.

lo serán». Y, destacando la inviolabilidad de la *línea Oder-Neisse*, el jerarca ruso afirmaba: «Lucharemos contra cualquier enemigo que pudiera intentar usurparla» (Radio Varsovia, 17 julio).

²⁰ Vid. «Controversy over West Germany», *East Europe*, abril 1958, páginas 44-45.

²¹ V. «Polish Relations with West Germany», *East Europe*, mayo 1958, pág. 40.

El 1.º de septiembre de 1958, el general Janusz Zarzycki declaraba en un discurso que «el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Alemania Occidental dependía del reconocimiento de la frontera Oder-Neisse por la Alemania de Bonn». Aunque las palabras fueron pronunciadas sin autorización y la Agencia polaca de Prensa enviaba a sus suscriptores una noticia en la que habían sido eliminados los pasajes ofensivos, la reacción de Bonn era inmediata. Una declaración del Partido Social-Demócrata indicaba, el 2 de septiembre, que el general había hecho un mal servicio «a todos aquellos grupos que en ambas naciones están esforzándose por mejorar las relaciones» mutuas. A esa actitud seguía, dos días más tarde, un ataque dirigido a los social-demócratas alemanes, por boca del Ministro del Exterior, Rapacki: «La política alemana ha estado influida por elementos militares y revisionistas de las fronteras. Si estos elementos todavía son peligrosos para Polonia se debe a que las Potencias occidentales han rehusado claramente reconocer la línea *Oder-Neisse*. Desgraciadamente, el militarismo y el revisionismo han encontrado apologistas y ayudas no sólo en el Gobierno Adenauer, sino también en el campo socialdemócrata.» Una sucesión de artículos acusaba a los alemanes de no desear buenas relaciones con Polonia...

El asunto comentado es fértil en manifestaciones insinuantes. ¿No? Ahí tenemos el décimo aniversario de la creación de la O. T. A. N. Esta experiencia occidental se comentaba por todos los Gobiernos de la Europa Oriental con ataques contra ella y a la vez apremiando a la firma de un Pacto de no-agresión entre las Potencias del Pacto de Varsovia y las de la N. A. T. O. Pero el Ministro polaco del Exterior, al mismo tiempo que subrayaba el apoyo continuo y de todo corazón otorgado a la política extranjera moscovita, aseguraba que «la O. T. A. N. se había convertido en el principal instrumento de la *guerra fría*, sirviendo los objetivos de los círculos revanchistas de Bonn, en su campaña para amoldar la política del Oeste a sus agresivos designios». (*Trybuna Ludu*, 2 abril 1959.)

No obstante, el mismo Rapacki—hablando en Varsovia, en la Conferencia Interparlamentaria, el 28 de agosto de 1959—admitía que hasta en Alemania «existen círculos que desean relaciones verdaderamente pacíficas con Polonia y otros vecinos». Por desgracia, a juicio del Ministro polaco, no todos piensan así, ni las personas que piensan de ese modo disfrutaban de tanta influencia como las fuerzas que en la R. F. A. llevan a cabo una amplia campaña contra la frontera Oder-Neisse.

¿Quiere esto decir, rigurosamente hablando, que no cabe esperar el advenimiento de un espíritu contemporizador, de amoldamiento? Claro que no. Ante nosotros hay abiertas posibilidades de claro cuño esperanzador. Es que, ante las dificultades de la vida política actual, ante las trágicas experiencias que Europa tiene a su espalda, sería suicida ensayar con ilusión otros artilugios.

Creemos que el conocer, de manera palpable, lo que dan de sí tales actitudes es la fuerza que más automáticamente ha de impedir el sumergirse en pavorosas audacias.

Un intento leal y decoroso de atacar los problemas de las relaciones entre Bonn y las naciones de la Europa Oriental se hacía en el *Boletín del Departamento de Prensa e Información del Gobierno Federal Alemán*, el 12 de agosto de 1959. Recojamos el meollo de sus reflexiones: «Desde hace tiempo, el Gobierno Federal procura hacer ver a los dos vecinos del Este —Polonia y Checoslovaquia— que sus planes políticos son absolutamente pacíficos y que uno de los principios fundamentales de la política exterior alemana es el de solucionar por vía de negociaciones todos los problemas internacionales.» «Una comunicación de esta índole a los Gobiernos de Varsovia y de Praga y, más todavía, la solemne firma de un Pacto de no-agresión o de renuncia oficial o todo empleo de fuerza, podría ser de gran utilidad por un triple motivo: mejorar la atmósfera entre el Este y el Oeste; refutar los argumentos de quienes quieren amedrentar a los polacos y a los checos con el militarismo y el espíritu de revancha con que acusan a la República Federal; abrir el camino a las relaciones que podrían conducir, un día, al cambio de misiones diplomáticas» (quedando aparte el problema de las futuras fronteras, que podría dejarse para un ulterior Tratado de Paz con una Alemania reunificada)²².

Fijemos bien las ideas. El propio Canciller Adenauer aludía en 1959 «al pueblo que, por la invasión de las tropas de la Alemania de Hitler y de la Unión Soviética fué la primera víctima de la guerra», «Me refiero al pueblo polaco», decía el estadista germano. Y proseguía: «Durante más de un siglo, este simpático pueblo, sin culpa, tuvo que sufrir bajo las discrepancias políticas y belicosas de Europa...» Y Adenauer afirmaba con íntimo convencimiento que «la nueva Alemania será un día un buen vecino de Polonia». Terminando con estas palabras: «Nuestra aspiración será esta-

²² Cons. «Relaciones con el Este», *Boletín*, 12 agosto 1959, pág. 1.

blecer comprensión, respeto y simpatía entre la Alemania de hoy y el pueblo polaco, para que sobre esa base nazca un día una verdadera amistad.»

Adenauer aspiraba, como primer objetivo, a la comprensión, a la simpatía... ¡No era esperar poco!

La primera reacción polaca ante el discurso del Canciller alemán fué francamente negativa. Para Bonn resultaba una desilusión, pero no una sorpresa. Explicación: «todos saben que la política exterior polaca no es independiente y que se encuentra en gran parte dependiente de las resoluciones de Moscú». Del lado germano, se sabía que era necesario bastante tiempo hasta que se oyese la voz de Polonia. Y, pasadas las primeras manifestaciones negativas, se imponía una consideración más ponderada y objetiva.

«¿Cuál será el curso de las relaciones germano-polacas?», se preguntaba el 9 de septiembre de 1959 el *Boletín semanal de asuntos alemanes*. Ofrecamos su respuesta: «No es de esperar que en un futuro próximo se llegue a la reanudación de plenas relaciones diplomáticas entre Varsovia y Bonn, ya que esa decisión debe considerarse prematura en tanto que no se hayan examinado detenidamente las condiciones.»

Así, pues, las *plenas relaciones diplomáticas* piden un previo y detenido examen de las *condiciones*.

¿Condiciones? Sí. Por ejemplo, las Asociaciones de expulsados han declarado, a través de su Presidente: «Naturalmente, hay que llegar, un día, a entablar relaciones diplomáticas entre la República Federal y Polonia.» Mas los expulsados han expresado su voluntad de que, antes de entablar dichas relaciones, de parte alemana se haga la reserva del *derecho a la Patria*, conforme al derecho de autodeterminación de los pueblos. Si han de establecerse relaciones diplomáticas con Polonia—escribía *Kölnische Rundschau*—ha de hacerse, por ambas partes, «en una forma leal y digna de crédito, que sirva a los intereses recíprocos». «Lo principal—sostenía el periódico cristiano-demócrata—de toda nueva política alemana del Este, si ha de ser duradera y tener éxito, es la veracidad. Si se reconoce a la fuerza la *línea Oder-Neisse*, sin la intervención o contra la voluntad de la mayoría del pueblo alemán, no tendría valor para Varsovia. Por tanto, es

23 Vid. *Boletín*, 2 septiembre 1959, pág. 3.

preciso que esa política sea la de un Gobierno alemán legítimo y completamente digno de confianza. Por esto, *las garantías de la frontera de la paz dadas por Pankow no tienen ningún valor para los polacos.*»

El lector ha podido ver cómo, en la dialéctica germana, se pasa del ambiente de *comprensión* al establecimiento de *condiciones*. Al cabo de ella, podemos recoger una declaración del Gobierno alemán, lanzada por Von Brentano. El 5 de noviembre de 1959 definía la política federal relativa a las cuestiones orientales, según estos principios: 1.º «Las relaciones de la República Federal con los Estados del bloque oriental no han cambiado. Existen acuerdos comerciales, que estamos dispuestos a ampliar, en interés común.» 2.º «Igualmente, el problema de las relaciones diplomáticas ha sido y continúa siendo objeto de un atento estudio por parte del Gobierno Federal. Sin embargo, tengo que decir en nombre del Gobierno Federal, que después de examinar a fondo todos los argumentos y todas las proposiciones, he llegado a la conclusión de que, *en la hora actual, la situación no se halla madura para una reanudación de las relaciones diplomáticas con los países del bloque oriental.*» 3.º «Conviene añadir que, en lo referente a la *línea Oder-Neisse*, no ha cambiado el punto de vista del Gobierno Federal.» 4.º «A propósito de los territorios alemanes del Este y del derecho de los expulsados a la Patria, *en tanto que expresión del derecho a la autodeterminación*, el Gobierno Federal ha hecho, el 23 de junio de 1956 y el 31 de enero de 1957, declaraciones que hoy todavía son válidas.»

Entre esas posibilidades hay que elegir. Tómese, sencillamente, nota de lo que ha de aprehenderse para dominar algunas dificultades de la situación. Verdaderamente, como hemos leído en un publicación oficial de Bonn, «corresponde a la política alemana y al pueblo alemán el buscar y el encontrar una *solución que sea conforme al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, al derecho al país natal y a los derechos históricos del pueblo alemán y que tenga en cuenta la fatal herencia de la Segunda Guerra mundial*».

Era lo que venía a mantener el independiente *Die Welt* en 1959: «La normalización de las relaciones germano-polacas exige de parte alemana, como condición previa, tacto y una clara actitud frente al pasado. El hecho de que Polonia fuese invadida en septiembre de 1939 por Alemania, de que en la Segunda Guerra mundial se quitase la vida a seis millones de polacos —y de ellos menos del 10 por 100 como efecto inmediato de la guerra—no

puede pasarse por alto incidentalmente. La condición fundamental para la normalización es el claro reconocimiento de este hecho...»

Y el 23 de noviembre de 1959, el Secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Panalemanes—Franz Thedieck—, dirigiéndose a una reunión de la *Asociación de la Alta Silesia*, en Bonn, declaraba, refiriéndose a la *línea Oder-Neisse*, que los alemanes debían renunciar a las ilusiones de piadosos deseos alejados de la realidad, aunque advirtiendo que la reivindicación alemana a los territorios perdidos resulta evidente a la luz del Derecho Internacional. Sorprendentemente, la Prensa polaca trató tales pensamientos con marcada prevención. En ocasiones anteriores, cualquier occidental que apoyaba la *realidad de la línea Oder-Neisse* era aplaudido con entusiasmo. Esta vez, *Trybuna Ludu* criticaba—el 28 de noviembre—a Thedieck por repetir una serie de «clásicos argumentos» sobre esta cuestión y por volver a decir lo que los revanchistas germano-occidentales han estado repitiendo durante años. Sin embargo, el periódico concluía por sentar que el citado gobernante alemán, queriendo o sin querer, se había convertido en un portavoz en pro del realismo, que está brotando hasta en los sectores revanchistas, como resultado de la irrevocabilidad de evidencias históricas tales como el *gobierno* polaco sobre las tierras al Este de esa línea....

Y es curioso que algunas iniciativas felices no han pasado de la fase de las tentativas fracasadas.

En esta materia, recuérdese que, a finales de 1960, Berthold Beitz—director general del imperio industrial Krupp—visitaba Polonia, en respuesta a la personal invitación de Cyrankiewicz. Desde la formación de la República de Bonn ésta era la primera vez que una importante figura de la Alemania Federal era recibida en Varsovia bajo la égida oficial. Durante su estancia en tierras polacas el personaje germano visitaría la ciudad del acero de Nowa Huta y el centro petrolífero de Krosno.

A su regreso a Alemania, Beitz recomendaba el establecimiento de recíprocas misiones comerciales con poderes consulares (como un paso hacia la gradual evolución en pos de la reanudación de relaciones diplomáticas).

Beitz volvía a Varsovia y conferenciaba privadamente con funcionarios polacos (enero 1961).

Siguiendo a esto, el Gobierno de la Alemania Occidental sugería que Bonn y Varsovia llevaran a cabo contactos *informales* en una capital neutral.

En esta fase de tentativas, ambos lados se acusaban de deliberada oscuridad y si no de mala fe, al menos de discutible buena fe.

El 5 de febrero, *Trybuna Ludu* rechazaba el principio de la *normalización gradual* de relaciones. «No podemos estar de acuerdo en que (la normalización) pueda realizarse a través de medias medidas, tales como el establecimiento de misiones comerciales.»

En resumen, las iniciativas del Gobierno germano eran tomadas con escepticismo por el régimen de Gomulka. He aquí una apreciación del citado *Trybuna Ludu* (5 de febrero): «La reciente serie de maniobras de Bonn está calculada para probar a la nueva Administración de Washington que Adenauer no es el *último mohicano* de la *guerra fría*.»

Unas semanas después, el Canciller germano, hablando de Polonia, tenía palabras cordiales y comprensivas. «Este país no se puede equiparar sencillamente con los otros Estados del Este.» Y a la pregunta sobre las anunciadas conversaciones oficiales entre Bonn y Varsovia contestaba que el asunto «descansaba por ahora»...

¿Y por qué había de descansar?

La postura no había llegado a sus postreros confines, no había agotado todas sus posibilidades de maniobra. De ahí, por lo menos, una dosis de extrañeza. Al inaugurar el nuevo Parlamento polaco (la Dieta), en mayo de 1961, el *Premier* Cyrankiewicz, abordando el tema de los asuntos internacionales, ponía la máxima atención en el problema alemán. Y afirmaba que «la misión Beitz no había producido resultados debido a que el Gobierno Adenauer todavía apoya una campaña revanchista contra Polonia».

A finales de junio del pasado año, el Departamento de Prensa e Información del Gobierno Federal seguía insistiendo en *lo que se opone* al establecimiento de relaciones diplomáticas entre Bonn y Varsovia (y las capitales de los Estados de la Europa Oriental): *el problema de la frontera alemana del Este*, que, según el firme criterio del Occidente, no puede solucionarse más que en un Tratado de Paz con toda Alemania, mientras que Polonia hace del reconocimiento de la *línea Oder-Neisse* por parte de la República Federal la condición indispensable para la reanudación de relaciones diplomáticas.

Y esa oposición se perfila aun en las actitudes más conciliadoras. A título de simple síntoma, obsérvese el sentido de las reflexiones delineadas por el Dr. H. von Brentano—presidente del grupo parlamentario CDU—en una alocución radiodifundida, en el curso del primer trimestre del año actual,

y dedicada a una nueva Europa Central. En tal ocasión subrayaba lo siguiente: «No debería haber la menor duda de que, cuando hablamos de Polonia, lo hacemos con el mayor respeto ante este pueblo, que lo reconocemos en tanto que nación, que tenemos la esperanza y el deseo de ver convertirse las relaciones entre Polonia y Alemania en lo que han llegado a ser las existentes entre Alemania y Francia, que tenemos la esperanza y también el deseo de ver cómo las cuestiones en suspenso entre los dos países—ese funesto problema de las fronteras, de las regiones de donde se ha expulsado a los alemanes—serán arregladas en el mismo espíritu que, por ejemplo, se ha ajustado el problema del Sarre entre Francia y Alemania.»

¡Buen ejemplo el del Sarre para los polacos!

Piénsese lo que se quiera en torno al acierto de esa clase de valoraciones²⁴, conviene no olvidar algunos hechos que contribuyen a aclarar las cosas. Así, en una entrevista concedida a *Die Zeit*, Berthol Beitz echaba sobre miembros del Gobierno de Bonn la responsabilidad del fracaso de una aproximación germano-polaca. El director general de las fábricas Krupp decía: «No volveré a Polonia. No deseo abrir puertas que otros cierran por estupidez e ignorancia. No probaré de nuevo más que si Bonn tiene proposiciones concretas que hacer.» Y añadía: «*La comprensión germano-polaca es importante. Puede ser decisiva para el equilibrio en Europa y, por consiguiente, para la paz*»²⁵.

¡Y tan decisiva!

Lo peor es que, en este capítulo, no se vislumbran *grandes* variaciones.

Los que duden de la exactitud de este aserto no tienen sino recordar cómo en mayo del presente año—bajo el signo de la Conferencia de primavera de la O. T. A. N. en Atenas y del viaje de Adenauer a Berlín—los Servicios de Prensa e Información del Gobierno Federal afirmaban que *la política exterior de la Alemania Occidental continuaba sin cambios*. Y así, asegurábase: «el trazado definitivo de las fronteras alemanas debe ser fijado en un Tratado de Paz concluído con el conjunto de Alemania».

²⁴ No cambian el panorama las declaraciones de Adenauer («En el curso de los pasados años, he intentado en varias ocasiones efectuar una cierta aproximación; estas tentativas han fracasado...») y de Cyrankiewicz («Sin el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse por la República Federal alemana, todas las relaciones diplomáticas con este país son imposibles»). Vid. *Le Monde*, 10 marzo 1962, pág. 6, y 13 marzo 1962, página 6.

²⁵ Vid. *Le Monde*, 7 abril 1962, pág. 8.

De la otra parte, uno de los principales puntos evocados por Gomulka durante su estancia en la República Democrática Alemana era el de las fronteras. «Es preciso que el Gobierno de Bonn reconozca, por fin, las realidades. La frontera germano-polaca es irrevocable...» (Del discurso ante la Cámara del Pueblo, reunida en sesión extraordinaria el 19 de octubre.)

Pues bien; la visita de la delegación polaca al Berlín-Este, etc., era comentada por el independiente *Frankfurter Allgemeine* (Francfort, 16 octubre) del siguiente modo: «Nadie ha delegado en Ulbricht el derecho a disponer de estas fronteras y los polacos se dan perfecta cuenta de este hiato entre la realidad y el gesto» del Berlín Oriental.

III.—REALIDADES DE LA VECINDAD GERMANO-POLACA.

Ante todo, no perdamos el hilo de nuestra trayectoria. Volviendo la cabeza hacia atrás, recordemos los pasos que hemos dado y procuremos intercalar los nuevos que hemos menester.

Y, tal como están las cosas, ahora lo primero es sentar que los únicos contactos oficiales entre Polonia y la Alemania Federal han sido los Acuerdos comerciales *year-to-year*²⁶.

Resulta una evidencia, indubitable e indubitada, que el comercio (importación-exportación) entre ambos países ha venido aumentando notablemente. Han pasado de unos 25 millones de dólares en 1949 a unos 170 millones en 1960. Tradicionalmente, Polonia envía a la Alemania Occidental carbón, algodón, lana, carne, huevos. Aunque se intenta exportar productos más diversificados (recuérdese la *crisis del carbón* de 1958). E importa maquinaria especializada, acero, productos químicos, etc. No obstante, en 1961 los cambios comerciales de la Alemania Federal con Polonia disminuían ligeramente (al igual que con Bulgaria, Hungría, etc.).

Ahora bien; como formas embrionarias, que pudieran concretarse—a través de ulterior desarrollo—en el establecimiento de relaciones diplomáticas, se han sugerido los vínculos económicos y la negociación de un Acuerdo comercial a largo plazo. Mas el régimen polaco, sin rechazar el principio de la expansión comercial con la Alemania Occidental, ha rechazado esto como un método para desenvolver los contactos diplomáticos.

²⁶ Cons. «The Soviet Bloc and West Germany», *East Europe*, junio 1961, páginas 3-10.

Pero lo cierto es que, en este sentido, no faltan episodios para seguir-tejiendo el cañamazo de nuestra indagación.

A mediados de año, la Feria de Poznan (clausurada el 24 de junio)—a la que acudían 58 países extranjeros—daba pie a los contactos germano-polacos. El 21 de junio, *Die Welt*, de Hamburgo, incitaba a los directores de la Feria a eliminar la propaganda y elogiaba la divisa de la Exposición: un mercado sin barreras. Y la Feria proporcionaba una ocasión para que los representantes alemanes iniciaran negociaciones preliminares con vistas a un Acuerdo a largo plazo entre Varsovia y Bonn, a firmarse a fines de año.

Verdad es que también existen determinados vínculos culturales: p. e., en el dominio de la Prensa (importantes diarios germano-occidentales tienen corresponsales permanentes en Varsovia, mientras los polacos los tienen en Bonn). Y, en otros perfiles, notemos que, por lo menos, cuarenta y cinco obras polacas han sido traducidas y publicadas en la Alemania Federal, en el curso de los últimos años (de autores que van desde Andrzejewski hasta Bonarski). Un fenómeno tal no se ha producido en ninguna otra nación occidental y debe considerarse como una manifestación de interés.

Asimismo, hay una corriente turística de carácter privado. En 1959, llegaron a Polonia unos 10.000 turistas de la Alemania Federal—un cuarto del total de los procedentes del Occidente—.

Aparte, nótese que el régimen de Gomulka autorizaba en 1957 la emigración de alemanes de Polonia a la Alemania de Bonn, con el *declarado* objetivo de la reunión de familias separadas. Salida que había sido detenida por el Gobierno de Varsovia en 1949. Según la Prensa de la *Bundesrepublik*, este movimiento alcanzaba su máximo volumen en 1958, cuando arribaban de Polonia 120.757 personas. En 1959 sólo emigraron 16.000 personas. (Si bien el régimen polaco levantó la prohibición legal a esa emigración, llevó a cabo en la Prensa una intensa campaña encaminada a disuadir de tal marcha, *advirtiendo* a los eventuales emigrantes contra el desempleo en la Alemania Federal, etc.). En fin, a 9.221 ascendía el número de repatriados de los territorios bajo administración polaca registrados en 1961 en el campo de tránsito de Friedland. Cifra superior en 1.400 a la del año anterior.

IV.—CARÁCTER «EUROPEO» DE LA CUESTIÓN. SUS EXIGENCIAS.

LA BAZA RUSA.

Pero no desdénemos el estudio de esta inmensa cuestión.

A veces, las relaciones polaco-germanas se entrevén como uno de los aspectos fundamentales del porvenir de nuestro acosado Continente. Una figura como lord Birdwood no dudaba en escribir las líneas subsiguientes—después de una corta visita al Berlín Occidental, durante la cual se entrevistó con personalidades germanas—: «Siempre he opinado que el futuro destino de Europa puede girar alrededor de las relaciones polaco-germanas. Si el rencor del pasado pudiera dejarse a un lado e iniciarse negociaciones entre la R. F. A. y los polacos, toda la situación europea asumiría una repentina flexibilidad que podría dar un nuevo aspecto a cualesquiera reuniones futuras entre Ministros del Exterior o dirigentes-cumbre²⁷... En lo referente a la línea Oder-Neisse—que es aceptada como el corazón de todo el problema—, la situación podría ser reducida a un punto en el que ambas partes han expuesto sus demandas máximas y, sin embargo, las dos comprenden que, de hecho, la respuesta debe ser un compromiso»²⁸.

En la hora actual, es evidente que los Gobiernos de Alemania²⁹ y de Polonia no pueden proponer soluciones aceptables a la vez para las dos partes. Se está en un punto muerto, del cual habrá de salirse algún día.

¿Esperar y dejar el cometido de abordar tan delicado problema a una nueva generación? Política del avestruz, se ha dicho. Pues la realidad es que el problema se ha presentado, se presenta y se presentará siempre: simplemente, porque Alemania y Polonia son vecinas. Se impone el coexistir. La reciente experiencia aporta la prueba en este orden de cosas: ha sido posible la coexistencia y la cooperación entre Alemania y sus vecinos occi-

²⁷ No han faltado, empero, las voces de quienes—prudente y realistamente—han advertido el protagonismo de los *colosos* y sus consecuencias para las iniciativas de los *poderes menores*. Así, Hans Speier ha escrito: «Es utópico esperar que el conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética—las Superpotencias—pueda ser reducido por acuerdos entre Potencias menores—tales como Alemania occidental y Polonia». Vid. *German Rearmament and Atomic War*, Row, Peterson and Company, 1957, página 241.

²⁸ Vid. *Yorkshire Post*, 25 febrero 1959.

²⁹ V. Hinterhoff, *Disengagement*, Londres, Stevens and Sons Limited, 1959, página 371.

dentales—singularmente con Francia—, a pesar de todo lo que les ha separado en el pasado.

Los polacos pueden reprochar a Alemania, justamente, lo que han sufrido bajo la ocupación teutona; y los alemanes reprocharles la anexión de las provincias germanas del Este y la expulsión de la población alemana. Para los polacos, la época de la ocupación teutona durante la segunda conflagración universal—«una mezcla de obstinación, de arrogancia, de imbecilidad y, ante todo, de actos criminales y contrarios a la moral»—fué un período que aventajaba en espanto a todo lo que tuvieron que soportar bajo los rusos... Los alemanes trataron abominablemente a los polacos...

Y todo lo que Hitler y sus paladines creían haber establecido para un milenio se hundió como un castillo de naipes, pero dando la razón a Schiller: «Una mala acción lleva en sí misma su maldición, engendrando eternamente el mal.» Los acontecimientos se precipitaron en confusa tragedia: la anexión soviética de territorios de población mixta y, en compensación, una Administración polaca instalada en Silesia y en Pomerania Oriental—áreas estrechamente mezcladas a la vida germánica desde el siglo XIII—, en la parte oriental de la Marca de Brandeburgo y en la zona meridional de la Prusia Oriental; el Oder y el Neisse, hasta entonces ríos con orillas alemanas, convertidos en ríos-fronteras; alemanes expropiados de todos sus bienes, arrojados de áreas que debían su prosperidad al encarnizado trabajo de sus antepasados, etc. Un capítulo de la historia alemana que superaba, en intensidad y amplitud, los horrores de la Guerra de los Treinta Años.

Todo ello explica la razón de que muchos alemanes no puedan oír la palabra *Polonia* sin experimentar una violenta sacudida. Y ello explica, a la par, que innumerables polacos no pueden más que reaccionar violentamente cuando se habla de Alemania, bajo cuya dominación padecieron atrozmente.

¿A quién acusar? ¿A los polacos, que han aplicado la *ley del talión*? ¿A Roosevelt y Churchill, porque creyeran que era preciso eliminar el *peligro* alemán, confiando a Polonia los territorios del Oeste, en resarcimiento de las pérdidas que sufría en el Este³⁰?

Digámoslo con un pensamiento de Schramm: sólo en la perspectiva del

³⁰ En un discurso pronunciado el 17 de mayo de 1959—*Día del campesino*—, en Gubin, cerca de la frontera con la Alemania oriental, el *speaker* del Parlamento polaco, defendiendo la *línea Oder-Neisse*, declaraba que «la iniciativa de la transferencia de alemanes [de los territorios occidentales] vino del presidente Roosevelt, quien deseaba estabilizar las relaciones europeas y mundiales por muchos años».

ascenso de Hitler al poder puede que esas visiones del pasado nos abran horizontes nuevos... Mucha paciencia y buena voluntad y capacidad para saber esperar el momento propicio. No hay otra política, cuando *a priori* se excluye el recurso a las armas³¹.

Los políticos polacos han de penetrar en el complejo de la escena política alemana y en las consecuencias que para Bonn habría de tener el reconocimiento de la *línea Oder-Neisse*. *Die Welt*, hablando de las relaciones con Polonia, discurría del modo siguiente: «Un Gobierno alemán que quisiera reconocer sencillamente la *línea Oder-Neisse* correría, con ello, no sólo el riesgo de un suicidio político, sino que... daría la señal para el nacimiento de movimientos de oposición, radicales y revisionistas, quienes no sólo minarían los fundamentos de la joven democracia alemana, sino que un día podrían ser un verdadero peligro de guerra. Y esto no interesaría ni a los alemanes ni a los polacos. Lo cual deberían verlo también en Varsovia.»

Los polacos se hacen cargo de la situación. Pese a la *política oficial* del Gobierno de Bonn y a las palabras que repiten en el Berlín Oriental las marionetas de Moscú, el pueblo polaco sabe muy bien que hay muy pocos alemanes preparados para considerar la frontera Oder-Neisse como línea de demarcación permanente entre las dos naciones. Por eso, la circunstancia de que Polonia se halle vinculada al Pacto de Varsovia es algo más que un formulismo derivado de sus relaciones con la U. R. S. S. Aplastados entre sus *tradicionales enemigos*—los alemanes y los rusos—, los polacos—al igual que los checos—nunca podrán seguir una política exterior verdaderamente independiente. Hoy por hoy, la alianza polaco-soviética constituye para muchos polacos el *mal menor*³².

¿Y Alemania? Se ha pensado en la *línea Oder-Neisse* como uno de los «tabús» políticos de la Alemania Occidental. En todo caso, Carlo Schmid se ha referido a los «tabús» políticos que es necesario violar en la Alemania Federal, a fin de hacer progresos hacia la reunificación³³.

Dentro de ese ánimo se mueven las siguientes estimaciones: «En Europa tiene que ser necesariamente posible un orden pacífico que ponga fin, para

³¹ Cons. Prcy-Ernst Schramm, «Les relations germano-polonaises», *Politique Etrangère*, 3, 1960, págs. 248-249 y 261-264.

³² Vid. Andrew Haven—seudónimo común a dos periodistas ingleses—, «Tito y Gomulka: contrastes y semejanzas», *Problemas del comunismo*, julio-agosto, 1957, página 10.

³³ V. Carlo Schmid, «Das böse Tabu», *Der Spiegel*, 17 octubre 1956, pág. 17.

siempre, a la lucha—insincera y corrompida—por el llamado *espacio vital*. No se nos oculta, en ningún momento, el hecho de que *sobre las relaciones germano-polacas pesan, por ambas partes, hipotecas difícilmente amovibles. No hay palabras que puedan cancelar o redimir los atroces delitos cometidos contra Polonia en nombre del pueblo alemán*. Y por eso no podemos menos que lamentar en lo más profundo de nuestro corazón lo sucedido en esa época, *la más turbia de la historia alemana*. Pero, por lo mismo, tampoco podemos olvidar la injusticia que después de 1945 se cometió con los habitantes de los territorios orientales de Alemania... Nosotros queremos—e incluso ansiamos—una vecindad y una convivencia pacíficas con Polonia, la cual ha tenido que padecer la irrupción de la violencia no sólo alemana, sino también ruso-soviética...» «Pero Europa—a la que el pueblo polaco se siente no menos vinculado que nosotros—no podrá estructurarse como tal si sus naciones no hacen más que reprocharse mutuamente los errores cometidos en el pasado. *Tenemos que mirar hacia el porvenir y otear en él minuciosamente las posibilidades de una convivencia pacífica*. Tras los males que recíprocamente se han inflingido polacos y alemanes en el transcurso de la Historia y los que en la actualidad padecen ambos con el bolchevismo, *tiene que existir una posibilidad de dar con recursos y caminos que permitan alcanzar una convivencia pacífica y libre de hostilidades.*»

Detengámonos un poco más en este asunto. Vale realmente la pena.

El 4 de junio, el Ministro federal de Relaciones Exteriores—Dr. Schröder—hablaba de la finalidad del Gobierno alemán: «la de llegar a un nuevo orden europeo justo y basado en Convenios pacíficos, dentro del cual puedan vivir libremente y en buenas relaciones de vecindad *todas las naciones europeas*». Y el gobernante germano agregaba: «*También los países del Pacto de Varsovia pertenecen a Europa.*» Para pasar a sostener que un buen comienzo, para un cambio de tono, pudiera ser, por ejemplo, el establecimiento de «mejores contactos culturales y humanos entre los alemanes de la República Federal y los pueblos del Este de Europa».

Y quizás sorprenda a más de uno saber que esos puntos del diálogo intelectual y de las relaciones económicas sean motivo de atención del pensamiento polaco de nuestros días. Así ocurría con un conocido periodista polaco—Stefan Kisielewski—en artículos publicados—el 10, el 17 y el 24 de junio—en *Tygodnik Powszechny*—como es sabido, semanario católico de Cracovia—. Presentando sus reflexiones sobre un viaje por la Alemania Occidental, hacía el elogio de la técnica germana, se negaba a admitir la

tesis del Partido relativa a la política *revanchista* de Bonn e insistía en la actitud de expectativa de la Alemania Federal. De él es esta afirmación: «En el curso de las últimas décadas cosas asombrosas han sucedido en el corazón de Europa.» ¡También los polacos hablan de Europa! Y el mentado escritor planteaba una cuestión con claridad: «No es posible ignorar la existencia de un país grande y potente con el que hemos tenido experiencias tan trágicas en el pasado...»

«Lo más importante que sobre el hombre y todo lo humano hay que decir es que nada en él, absolutamente nada, está exento de cambio.» (Ortega y Gasset.) Esto viene a cuento de que también en los medios democráticos del Occidente se propugna el abandono de las reivindicaciones germanas sobre las áreas orientales.

En 1956, John J. McCloy argumentaba que una renuncia a las reclamaciones territoriales por Alemania Occidental podría ser un paso adelante hacia la consecución de la unificación de Alemania y, conjuntamente, podría hacer más difícil el dominio soviético sobre los *satélites*, debido a que los temores al expansionismo alemán se reducirían en Polonia y Checoslovaquia³⁴.

La propuesta de McCloy le parecía a un observador alemán «tan verdaderamente americana que podría haber sido hecha por Franklin D. Roosevelt». «El amonesta a alemanes y polacos: Sed razonables, cediendo un poco cada uno, y llegaréis a un acuerdo; esto quizás cree la atmósfera en que desaparezcan los conflictos más profundos existentes entre las Potencias mundiales»³⁵.

Sin embargo, la pupila del oteador de los problemas polaco-alemanes puede posarse por distintas manifestaciones de esa tendencia.

Mostremos algunos tipos: 1.º Frontera alemana a rectificar, teniendo en cuenta esto: *privación permanente de la Prusia Oriental y de la Alta Silesia y devolución de los otros territorios anexionados por Polonia en 1945 (Segundo Plan Warburg)*. 2.º *Ajustes menores en la frontera oriental de Alemania*, como parte de un Tratado incluyendo la reunificación germana (*Debate del mes*, de la revista *Occident-Western World*, julio 1958, pág. 43).

³⁴ En el prólogo a H. L. Roberts, *Russia and America*, Nueva York, 1956, página XVIII.

³⁵ *Vid.* K. Borries, «Das Dilemma der Oder-Neisse Linie», *Aussenpolitik*, octubre 1956, pág. 652.

3.º Negociación entre Alemania y Polonia, por vía diplomática, para *algunas modificaciones de su frontera (Plan Van Zealand)*, etc.³⁶

Evitamos detallar minuciosamente los perfiles de tal dirección³⁷. Una cita abrumadora no iba a aclarar más una situación hartamente complicada.

No obstante, un interesante jalón para una ágil caracterización de la tendencia comentada lo marcan—con envergadura de síntoma—las circunstancias que registramos a continuación y afloradas en el año que concluye.

Con ocasión de la visita del Cardenal Stefan Wyszynski a Roma—que concluía el 11 de marzo—, los comentaristas comunistas sostenían que el purpurado había hecho progresos en la obtención de simpatías de la Iglesia hacia el reconocimiento de la *línea Oder-Neisse* como frontera occidental de Polonia. Así, el 11 de marzo, *Argumenty*—el órgano de la Sociedad de los ateos polacos—aprobaba la predicción del *Koelner Stadtanzeiger* de que «el Concilio Ecuménico llevará al reconocimiento *de facto* de las fronteras occidentales de Polonia por parte de la Curia Romana».

En ese mismo mes, y días después del regreso del Cardenal polaco a Varsovia, la Prensa informaba que el Papa Juan XXIII había nombrado Arzobispo de Wroclaw (la antigua Breslau), a monseñor Boleslaw Kominek. La noticia era acogida con satisfacción por numerosos eclesiásticos y políticos polacos. Destacándose la importancia del nombramiento: una prueba

³⁶ *Trybuna Ludu*, de 5 de septiembre de 1959, informaba que el senador estadounidense Hubert Humphrey había incitado al reconocimiento de la *línea Oder-Neisse* como frontera occidental de la Polonia de la postguerra (en una declaración oficial inserta en el «Congressional Record» de 1.º de ese mes), calificándola de «an historical and traditional border». Nos parece pertinente recordar que a finales de octubre de 1960 Nixon consideraba *la nueva frontera occidental de Polonia* como «un hecho de la historia» (Vid. sus interesantes apreciaciones en *Le Monde*, 23-24 octubre 1960, pág. 4). Y no se olvide cómo el Secretario Gomulka declaraba, en una reunión de activistas rurales en Poznan, que la Administración Kennedy ha asegurado a Polonia que consideraría como final la presente frontera germano-polaca. Las opiniones del senador Kennedy pueden verse en *Estrategia de la paz*, al tocar la materia *Polonia y la Europa Oriental*. Sobre Nehru y esta *línea*, vid. *East Europe*, diciembre 1961, pág. 49.

³⁷ Para una prudente valoración del problema, el lector ha de tener en cuenta hechos pro *línea Oder-Neisse* como los siguientes: las aseveraciones de Karl Jaspers (en «La libertad y la unidad de Alemania», *Cuadernos*, enero-febrero 1961, págs. 9-18—singularmente, pág. 12—); las apreciaciones del Cardenal Dopfner, en su sermón del 16 de octubre de 1960 (cons. *Bulletin*, 19 octubre 1960, págs. 320-321); la declaración de ocho personalidades protestantes alemanas preconizando el reconocimiento de la *línea*: (*Le Monde*, 25-26 febrero 1962, pág. 6); etc.

del interés de la Santa Sede por el trabajo llevado a cabo en los territorios ex alemanes por la Iglesia polaca. Pero no más. La elevación del Obispo Kominek no tenía significado «político». La regla del Vaticano es no nombrar obispos titulares hasta la firma del Tratado de Paz.

Empero, si hemos de creer al periódico *Zycie Warszawy*, al recibir—el 8 de octubre—a los obispos polacos, el Romano Pontífice habría aludido a «las tierras occidentales recuperadas», a «los esfuerzos de vuestro pueblo en lucha por la defensa de la libertad y de la intangibilidad de las fronteras»... (Vid. detalles en *Le Monde*, 17 octubre 1962, pág. 6, c. I.)

Es inútil decir que Varsovia interpretaba esas palabras del Papa como un implícito reconocimiento de la frontera Oder-Neisse por el Vaticano. Por lo demás, los obispos polacos esperan que el Concilio reorganice sus diócesis de manera que se engloben todas las antiguas áreas germanas.

Nada de sorprendente tiene que el Embajador de la Alemania Federal visitase a monseñor Dell'Acqua—sustituto de la Secretaría de Estado—para conseguir algunos esclarecimientos al respecto...

Y, como es lógico en nuestro tiempo, se ha fijado la mirada en el *federalismo* como solución del problema polaco-alemán (poder federal sobre los territorios *discutidos*, etc.). «Vendrá el día—decía el Canciller Adenauer en 1957—en que toda la región más allá de la *línea Oder-Neisse* deberá integrarse en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y del Mercado Común³⁸. Entonces, las existentes fronteras políticas perderán cada vez más su significación...»

Solución ideal en una *nueva Europa*, que habría de encontrar la mejor acogida en todas las mentes abiertas y conscientes. Pero, al fin y al cabo, *solución ideal*... «La federación, para ser viable, debe madurar en los corazones y en los espíritus antes de verse consagrada en los textos»³⁹.

En marzo de 1959, el Presidente De Gaulle definía una nueva actitud hacia Alemania y sus fronteras. Tal disposición de ánimo podía estimarse, eventualmente, como una posición a superar los límites de la simple *política* nacional. De Gaulle aseguraba⁴⁰: «La reunificación de las dos fracciones alemanas en una sola Alemania que sería enteramente libre nos parece ser

³⁸ Cons. E. N. Dzelepy, *Désatomiser l'Europe?*, Bruselas, 1958, págs. 144-145.

³⁹ Vid. Z. Rapacki, cit. ant., págs. 475-476.

⁴⁰ Vid. *Politique Etrangère*, 4, 1959, pág. 466.

el destino normal del pueblo alemán, siempre que éste *ne remette pas en cause ses frontières actuelles à l'Est, au Nord et au Sud...*»⁴¹.

Mas, a pesar de todo lo antedicho, el Occidente⁴²—Europa—no ha de olvidar esta trascendental circunstancia: el antagonismo polaco-alemán ha sido y sigue siendo la piedra angular del sistema levantado por los soviéticos en la Europa Central.

En ese marco, toda veleidad de independencia del régimen de Varsovia supone el peligro de abrir una brecha en tal entramado. En consecuencia, la política del Kremlin se ha apresurado a detener ese riesgo. Así, el *modus vivendi* polaco-soviético parece implicar el alineamiento exterior común, mediante las concesiones en el plano interior. Y de ahí la obligación, para los comunistas polacos, de blandir continuamente el espectro del revisionismo alemán y de mantener a la opinión polaca en estado de alerta⁴³.

Un aserto alemán ha dado en el blanco de todo el asunto⁴⁴: «El único usufructuario de la situación creada con el obsequio de los territorios occidentales es el Kremlin⁴⁵, quien, con él, tiene encadenada a Polonia, sembrando al mismo tiempo la discordia entre el pueblo alemán y el polaco.»

⁴¹ La idea de conexionar el reconocimiento de la *línea Oder-Neisse*, por el Occidente, a la libre reunificación de Alemania se volvía a desarrollar—entre otros—por el general Billotte, en «L'Allemagne et le destin polonais», *Politique Etrangère*, 5-6, 1961, págs. 410-424 (para la cita, pág. 423). Contra ese optimismo, vid. Rhode, cit. ant., página 473.

⁴² Acerca del carácter de la frontera Oder-Neisse, en la mayoría de los casos las Cancillerías occidentales se entregan a consideraciones jurídicas relativas al Tratado de Paz con Alemania. Tal es el criterio del Gobierno de Varsovia. Este no se preocupa de la opinión de los Gobiernos occidentales sobre «el estatuto jurídico de la frontera occidental de Polonia», teniendo en cuenta que, como se sabe, «esta frontera es definitiva e inmutable». Lo que le interesa primordialmente es «atraer la atención de los países occidentales sobre el peligro que para la paz acarrea la intensificación del revisionismo en la Alemania Occidental». Y Varsovia mueve su diplomacia a tono con ese ritmo. Vid., además, el Memorandum dirigido—el 20 de julio de 1960—por el Gobierno polaco a trece Gobiernos de Estados pertenecientes a la O.T.A.N. Cons. «The Oder-Neisse Line. Polish Correspondence with NATO Governments», *The Commonwealth Survey*, Londres, C. O. I. 30 agosto 1960, págs. 830-831.

⁴³ Vid. Z. Rapacki, cit. ant., pág. 479.

⁴⁴ Cons. *Das Dreigeteilte Deutschland*, pág. 31.

⁴⁵ En este sentido, vid. la Declaración de los Estados-miembros del Pacto de Varsovia en la reunión de febrero de 1960. O. también, la Declaración conjunta polaco-china de enero de 1957.

Y en tanto que el arduo problema de la frontera germano-polaca no se halle definitivamente arreglado y garantizado internacionalmente, siempre existirá un peligro: *la posibilidad de una nueva aproximación germano-soviética* (Hinterhoff)⁴⁶.

Ciertamente, el régimen de la Alemania Oriental ha renunciado a las provincias de la *línea Oder-Neisse*, de acuerdo con los deseos soviéticos de nuestro tiempo. Pero, en un futuro, la U. R. S. S. podría preferir el sacrificio de los *derechos* polacos a cambio de una Alemania unificada y completamente neutral. Este es, por supuesto, el miedo—no confesado—del régimen de Varsovia. Y mientras los gobernantes polacos usan sus *reivindicaciones* sobre esos territorios y la «amistosa actitud de las autoridades de la Alemania Democrática como una justificación para el estacionamiento de las tropas soviéticas en el país».

Polonia se enfrenta con *serios dilemas*⁴⁷

Por tanto, aunque el régimen polaco se situaba, por ejemplo, al lado de las proposiciones soviéticas en favor de la Ciudad Libre de Berlín⁴⁸, su situación resulta más peliaguda que para los otros Estados del bloque comunista. La propuesta de la U. R. S. S. acerca de la antigua capital alemana implica descartar el Acuerdo de Potsdam—por el que se *reconocía* el control de Polonia sobre los llamados territorios *occidentales* (al menos hasta el arreglo final)—.

Y si el Acuerdo fuese abrogado, Polonia perdería una de las principales bazas en sus reclamaciones a la *soberanía de jure* sobre el área. Así, Gomulka—bien por encima de las nítidas incertidumbres que tal posición acarrearía a su nación—apoyaba las ideas soviéticas, aun las concercientes a Potsdam. «Únicamente la U. R. S. S. permanece fiel al Acuerdo de Potsdam, mientras las Potencias occidentales han abandonado gradualmente muchos

⁴⁶ Vid. *Hinterhoff*, cit. ant., pág. 104.

⁴⁷ Polonia retendrá las tierras occidentales aún al precio de una guerra. Este era el pensamiento director de Gomulka en un discurso a la organización del Partido comunista de la factoría *Zeran*, el 21 de septiembre de 1957. «No hay alternativa en este punto—decía—. Y si alguien suscita la cuestión de cambiar nuestras fronteras occidentales [ha de saber] que sólo hay una elección: la de la guerra.»

⁴⁸ Un espíritu semejante late en la reacción polaca ante la crisis de Berlín de 1961. Varsovia se ha limitado a insistir sobre la existencia de dos Estados alemanes y sobre la necesidad de un Tratado que haría imposible que el territorio de Alemania se viera incendiado por una nueva guerra. Vid. *East Europe*, septiembre 1961, página 34.

de sus principios». Esto aseguraba el dirigente polaco en su discurso del *Día del minero* de 1958 (a principios de 1958). Y el Primer Secretario del Partido llegaba a sostener que los soviéticos han reaccionado con tales propuestas a causa de las «violaciones» occidentales del Acuerdo y a consecuencia de la «revanchista y militarista política del Gobierno de Bonn», de la negativa de éste ante todas las proposiciones encaminadas a la unificación de Alemania y de «su obstinado esfuerzo por absorber y liquidar a la República Democrática Alemana».

Leslie B. Bain sacaba la impresión de que *el miedo a Alemania* mantiene a Polonia en el bloque oriental. Conversaciones con elementos católicos polacos le confirmaban tal criterio. Bien que la guerra entre Polonia y Alemania sea impensable. Pero a esta afirmación de Bain respondía un economista polaco: «Concedido que el miedo militar es irreal. Pero el gran poder que Alemania maneja, por el apoyo americano, resulta suficiente para barrernos a todos y hacer de nosotros vasallos de Alemania. En tanto que América apoye a una dominante Alemania, no puede haber ruptura en el bloque oriental»⁴⁹.

Ciertamente, continúa la hostilidad de los polacos hacia Rusia y hacia el comunismo⁵⁰. Mas resulta innegable que su situación geográfica y el problema de la frontera occidental del país impelen a muchos de ellos a preferir desempeñar el segundo papel entre los Estados comunistas de Europa a ocupar un rango más bajo en una eventual urdimbre occidental, en la que Alemania desempeñaría un preponderante papel⁵¹.

¿Realismo? ¿Idealismo?

En el problema polaco es forzoso contar siempre con dos supuestos previos: la situación geográfica de Polonia—entre Alemania y Rusia—; y la importancia de Polonia para Rusia—zarista o comunista⁵²—.

⁴⁹ Vid. Leslie B. Bain, *The Reluctant Satellites*, Nueva York, Macmillan, 1960, páginas 215-231.

⁵⁰ «Desde hace siglos, el pueblo polaco ha mirado a Rusia con temor y odio, como a su enemigo hereditario», A. Haven, cit. ant., pág. 9.

⁵¹ A despecho del profundo odio hacia Rusia existente en Polonia, una orientación pro-rusa—basada en la serena apreciación de las realidades políticas—es el resultado directo de la orientación pro-germana de los Estados Unidos. Vid. Hinterhoff, cit. ant., pág. 239.

⁵² Para el crucial significado de Polonia, vid., especialmente, W. W. Rostow, *The United States in the World Arena*, Nueva York, Harper, 1960, págs. 177-188.

¡Bien podía especular el periódico estudiantil *Po Prostu*—el 9 de diciembre de 1956—sobre lo que podrían hacer los polacos si vivieran en Islandia⁵³!

A fin de cuentas, el mapa es la preocupación permanente de Polonia⁵⁴. Es posible que sea, ante todo, el factor geográfico—con las complejas consideraciones políticas y estratégicas que suscita—lo que haya ejercido más decisiva influencia en la trayectoria polaca.

Vista su posición geográfica, Polonia parece ser, en lo relativo a su política exterior, un objetivo pasivo, función del equilibrio entre los dos bloques mundiales (Jelenski).

¿Está cerrado ya el futuro de Polonia?

A dar una respuesta puede contribuir la política del Occidente. Y la *línea Oder-Neisse* ofrece campo—con cautos distingos—para la acción...

¡Ardua empresa la de compaginar ideales e «irrevocables» realidades geopolíticas en una Europa *des-unida*!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

⁵³ V. A. Haven, cit. ant., pág. 11.

⁵⁴ Una constante en los destinos de Polonia: *su importancia política está en función de las relaciones entre Alemania y Rusia*. Sobre tan inmenso asunto—y sus conexiones—, vid. K. A. Jelenski, «L'aigle d'hier, aujourd'hui», *Preuves*, mayo 1961, páginas 57-70.